

Una Oración que Funciona #2



CHARLES H. SPURGEON
1834 - 1892

UNA ORACION PARA TODOS

Entonces ella vino y se postró ante Él, diciendo:
“¡Señor ayúdame!”
Mateo 15.25

La mujer sirofenicia, como ya lo vimos, es admirable por su importunidad. Pero hay otra razón más para admirar a esta mujer y es que ella enfocó su busque en Cristo y en nadie más: “Entonces ella vino y se postró ante Él, diciendo: ‘¡Señor ayúdame!’”



En su resuelta búsqueda, la sirofenicia no puso su confianza en los discípulos. No puedo evitar sonreír mientras leo lo que los discípulos dijeron: ‘despídela, pues da voces tras nosotros.’ Pobre alma; ella nunca dio voces tras los discípulos pues sabía que había algo

mejor que eso. La razón por la que los discípulos pensaron que ella dirigía su clamor a ellos es que se creían muy importantes. Si la mujer hubiese estado clamando a ellos, sus miradas sombrías la hubieran hecho detenerse pronto. Pero ella no cometió tal error.

“¡Oh no!” parecía decir, “no es a ustedes a quien yo clamo. Ni Pedro, ni Santiago, ni Juan pueden darme lo que necesito. Lo mismo podemos decir nosotros; por eso no clamamos a los “santos,” como lo hacen muchas pobres almas que esperan que los santos, ya muertos y sepultados, intercedan por ellos delante del trono de Dios. No, no es a ellos que clamamos. Si alguno de ustedes lo hace, le ruego que abandone esa tontería y en lugar de eso clame al Maestro diciendo, “Señor, ayúdame.” No digan, “Pedro, ayúdame,” ni “María, ayúdame,” sino “Jesús, ayúdame; Señor, ayúdame.” Sólo Él puede ayudarte, los santos no. Los santos que ya murieron fueron tan necesitados de perdón como nosotros, ellos eran pecadores y tuvieron que ser salvos por gracia como el resto de nosotros. Aunque ahora cantan alabanzas al Dios de gracia frente a su trono, no pueden ni están autorizados a darnos gracia a nosotros. Cuidado, queridos amigos. Nunca se les ocurra ir a los santos; vayan directo al Maestro, como lo hizo esta mujer en su necesidad: “Entonces ella vino y se postró ante Él, diciendo: ‘¡Señor ayúdame!’”

Otra cosa admirable que la sirofenicia hizo en su búsqueda de Cristo fue que se separó de todos los caminos prescritos. El Salvador parecía estarle diciendo que no había ninguna ruta por la que ella pudiera acercarse a Él. De hecho Él le dice que al presente, el camino sólo era para la casa de Israel, y que Él había venido sólo para ellos. Pero la mujer parecía decir, “si no hay un camino abierto, yo tengo que hacer uno; enfrentaré el obstáculo y abriré un pasadizo, pero tengo que encontrar a mi Salvador.” Su corazón estaba tan enérgicamente resuelto a venir a Cristo que, con ortodoxia o sin ella, tenía que llegar.

¡Oh, cómo deseo que algún pecador necesitado aquí se sienta movido por el mismo deseo, y pueda decir, “Tengo que encontrar al Señor Jesús a como dé lugar! Si he escuchado a un ministro y Dios no lo ha bendecido para alcanzarme a través de él, oír a otro; y si oír el evangelio no me ha bendecido, me sentaré en la noche y leeré las Escrituras; y si la Biblia no me bendice, me arrodillaré y clamaré a Dios misericordia y no cesaré de rogarle hasta que tenga misericordia de mí. Porque de alguna manera, en algún lugar, tengo que encontrarlo. Tengo que encontrar a Dios en Cristo, para obtener la salvación de mi alma.”

Pero además, queridos amigos, admiro a esta mujer y se las propongo como un modelo a imitar porque ella acudió a Cristo y a nadie más.

Sí, esto es lo hermoso del caso: “ella vino y se postró ante Él,” y estando allí postrada clamó: “Señor, ayúdame.” No pensó que su caso estuviese más allá de Su poder, pues creía que Él era Todopoderoso, por eso oró: “Señor, ayúdame.” Ella no pensó que su caso estaba más allá de su compasión, por eso suplicó: “Señor, ayúdame. Soy una mujer sirofenicia, pero ‘ayúdame’, tengo una hija poseída por un demonio, pero ‘Señor, ayúdame.’” Ella le suplica así a Cristo, y es maravilloso lo que su súplica pudo lograr. Por eso, cuando vengas a la casa de Dios, no vengas a repetir oraciones aprendidas y ritualistas; cuando estés orando a solas en tu casa no lo hagas como si nadie te oyera, o cuando ores en público, no te expreses como si oraras sólo para que los hombres te oigan.

Arrójate por completo a los pies de Jesús, y ruégale, “Señor, no te dejaré ir hasta que me bendigas.” Esa es la clase de oración que abre las puertas del cielo, la oración a la cual nada le puede ser negado.” Jesús admiró esa actitud en la mujer sirofenicia. ¿No crees que valga la pena imitar lo que Él aprueba?

(Para la continuación oprima el título:
¿Afligido? Lee Esto #3